

## EUROPA ANTE LOS CONFLICTOS INTERNACIONALES

**Miguel Ángel Moratinos**

Enviado Especial de la Unión Europea para el proceso de paz en Oriente Medio

*Ponencia transcrita*

Buenas tardes. Emilio Menéndez del Valle fue el que me sugirió que participase en este ciclo de conferencias de este año cuando, dentro de mis viajes habituales por Oriente Medio, coincidí con él en Jordania. Quisiera, como siempre dentro de las primeras palabras introductorias, felicitar a la Fundación Alfons Comín por la oportunidad de este ciclo de conferencias y, sobre todo, por su temática: “¿Es Europa solidaria?”.

En un momento clave de la construcción europea, cuando Europa está buscando su identidad política, una nueva identidad cultural, una nueva identidad en Política Exterior y de Seguridad Común(PESC), creo que es muy oportuno que en Europa, en España, en Barcelona, en Cataluña, se debata de forma intensa si Europa se construye verdaderamente hacia afuera, si verdaderamente se construye solidariamente, o si estamos construyendo una Europa que queda muy alejada del sentimiento, de las aspiraciones de sus ciudadanos europeos.

Me corresponde a mí, según el programa, compartir algunas reflexiones sobre “Europa ante los conflictos”. ¿Cuál es el papel mediador de la Unión Europea (UE)?, ¿cuál es el papel político que puede desempeñar Europa para resolver o evitar los conflictos en la esfera internacional?

Empezaré haciendo una breve reflexión sobre el concepto propio de Europa. Y me permitirán quizá ser algo provocador en mis primeros comentarios. Para muchos de ustedes, incluso yo mismo diría, que Europa no existe. Eso lo dice el Enviado Especial de la Unión Europea para el proceso de paz en Oriente Medio. Y quizá no existe, y coincidiré con aquellos que dicen que Europa no existe, si nos limitamos a constatar la fatalidad geográfica, histórica, cultural, la falta de una lengua común, de ideas y creencias comunes, religiones,... El único elemento que hace que Europa exista es constatar, por las rivalidades, los conflictos, que han hecho de esa recurrencia conflictiva a Europa un lugar común. Esto sería provocarles a ustedes con un inicio de conferencia pesimista, o un tanto escéptico, cosa que no va ni con mi carácter, ni con mi misión, ni con mi voluntad.

Inmediatamente voy a corregir esa afirmación señalando que Europa sí existe como voluntad. Como voluntad en movimiento. Creo que Europa existe como voluntad en movimiento porque ha sabido conciliar el idealismo moral con el realismo político.

¿Es que la Europa que hoy contemplamos es la misma Europa que los padres fundadores imaginaron? Leía hace poco tiempo algunas citas, a raíz del nacimiento del euro, de la nueva moneda europea, del nuevo vehículo económico y financiero de la Unión Europea; una cita de Jacques Delors que decía que los padres fundadores cuando decidieron iniciar esta aventura europea la construyeron entorno a tres principales elementos: una visión, un corazón y una

necesidad. Y quizás la necesidad dio fuerza al corazón, y el corazón dio forma a la visión. Quizás hoy día lo que ocurra en Europa es que todavía podamos tener una visión, quizás exista una pasión por construir Europa, pero todavía en algunos sectores, como los propios de la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC), no existe el sentimiento de una necesidad, la necesidad de construir una Europa, de ejercer un papel europeo en el ámbito internacional.

Europa, como señalaba, ha ido gradualmente construyéndose. Es muy diferente a aquella de los años 50, 60, 70. Es una Europa que ha ido ampliándose en círculos concéntricos de seis, a nueve, a diez, a doce, a quince y con la nueva agenda de ampliación, veinticinco países europeos formaran el futuro del continente europeo. Yo creo que en este sentido lo que ha delimitado, lo que ha dado la idea fuerza a la construcción europea ha sido, precisamente, la idea de solidaridad. Solidaridad que es el título del ciclo de conferencias. Solidaridad que ha permitido a los europeos ir creando, en primer lugar, una solidaridad política. Se creó una solidaridad política para evitar el ciclo fatalista de rivalidades y de enfrentamientos, de guerras en el continente, se firmó y se selló el pacto germano-francés. Solidaridad, que es lo que da nombre al ciclo de conferencias.

Pero se creó también una solidaridad económica cuando los padres de la Unión Europea decidieron poner en conjunción aquellas áreas de competencia, de rivalidad económica, para ponerlas de forma equitativa en beneficio de sus pueblos. De ahí surgió la Comunidad Económica del Carbón y del Acero (CECA). Pero también solidaridad institucional para establecer los mecanismos y los instrumentos para equilibrar aquellas fuerzas disgregadoras normales, tradicionales, naturales, para lograr que los países miembros de esa primera Comunidad Económica Europea pudiesen lanzarse a aventuras mucho más ambiciosas que llevarían a unidad económica y financiera, en primer lugar, y a unidad política posteriormente.

Por lo tanto considero que Europa ha ido configurándose en tanto que potencia. No en sentido negativo peyorativo -la potencia que impone-, sino la potencia que quiere, de manera solidaria, gestionar en común de manera libre y generosa los destinos de sus ciudadanos. Pero también los destinos de todo el entorno geográfico que la constituye. Diría que para que haya una potencia, si se me permite definir qué rasgos puede tener una potencia, y de ahí mi convicción de que Europa va en camino de convertirse en una potencia positiva para el nuevo orden internacional, se necesitan tres grandes elementos: en primer lugar, razones para ser potencia. Creo que Europa tiene principios, siempre referidos de justicia y legalidad; tiene intereses que defender: intereses económicos, culturales, estratégicos; y tiene la capacidad y los instrumentos necesarios para ser potencia.

En segundo lugar, para ser potencia hace falta que la opinión pública, la ciudadanía, las sociedades requieran, exijan, apelen precisamente a ese nuevo papel más activo de su organización nacional o correional. En ese sentido, creo que las grandes críticas, las grandes frustraciones que se oyen y se escuchan en la opinión pública europea de la falta de intervención, de aplicación, de éxito, de la diplomacia europea se debe a esa necesidad, por parte de la opinión pública europea, de dar a la UE la capacidad, los instrumentos de desempeñar una zona, una acción de política exterior y de seguridad mucho más importante de las que hasta ahora ha ido desempeñando.

En cualquier caso, el tercer elemento que es el más crítico, es el que quizás faltaría para que hoy día pudiéramos aquí en Barcelona proclamar la realidad inevitable de una potencia europea. Faltan quizás los instrumentos y la capacidad militar para imponer, en caso de crisis o de conflicto, una solución aceptable a los intereses y a los principios europeos. Es algo que

viene, es algo que no está ausente en el debate europeo y que no estuvo ausente en el comienzo de la aventura europea. Pero es un debate que puede ir ampliándose y puede ir incorporándose y que, sin duda alguna, cuajará en el futuro inmediato de los próximos años.

Esa potencia europea, que siempre ha tratado precisamente de ir incorporando lo que ha sido su experiencia interna, lo que ha sido su experiencia de cara a los desafíos de solidaridad internos, económicos, sociales, ha ido también comprendiendo que un ensimismamiento excesivo en el interior no le podía permitir desplegar y desarrollar su política de consolidar su estabilidad interna, si no podía al mismo tiempo acompañarlo con ejercicios de diplomacia para consolidar la estabilidad externa. De ahí que la Política Exterior y de Seguridad Común, que denominamos PESC, haya sido quizás el embrión, el ejemplo de como la conciencia europea se ha ido desarrollando, ha ido evolucionando en los últimos años.

Esto me da pie para, brevemente, comentar cuál ha sido el origen, cuál ha sido la evolución y cuáles son las perspectivas de esta Política Exterior y de Seguridad Común. Lógicamente permitirán enfrentarlos con la capacidad o con la incapacidad de la Unión Europea de ser útiles o ser eficaces a la hora de resolver conflictos.

Es normal que al comienzo de los años 50, con la construcción europea, Europa mirase más hacia adentro. Mirase más hacia poner orden en casa, económicamente hablando, y dejase la seguridad en manos de los Estados Unidos, cuyo paraguas geomilitar pudiese garantizar la estabilidad y la seguridad europea. Europa no tenía ni la capacidad, ni la voluntad política, ni los medios, ni los recursos suficientes para llevar a cabo una Comunidad de Defensa Europea (CDE), que fue lo que se trató al comienzo de esta construcción europea. Sin embargo prefirió refugiarse en todos los mecanismos de defensa establecidos a través de la Alianza Atlántica. El paraguas americano así, le brindaba la conciencia tranquila de que las grandes amenazas existentes sobre el continente pudiesen ser resueltas sin una intervención más autóctona, más propia, más independiente por parte europea.

Lógicamente en aquel entonces vivíamos en el esquema bipolar de la amenaza. La amenaza era una amenaza controlada en que los juegos de alianzas Este-Oeste eran perfectamente conocidos y no llevaban a grandes sorpresas o a grandes incertidumbres. La caída del muro de Berlín, con todo el derrumbamiento del sistema soviético, con la ruptura del esquema bipolar, cambia completamente lo que es el análisis y lo que es el enfoque en las Relaciones Internacionales.

Hoy día, yo calificaría los grandes desafíos de la realidad internacional entorno a dos grandes principios: la incertidumbre y la complejidad. Si antes señalaba que teníamos amenazas, teníamos la amenaza soviética, hoy tenemos riesgos. Y los riesgos son mucho más difíciles de gestionar y de superar. Estos riesgos son inciertos y complejos, riesgos que no nos permiten responder con esa facilidad quirúrgica militar a la que nos tenían acostumbrados las alianzas militares o las estructuras tradicionales de seguridad occidentales desde principios de los siglos, y hasta prácticamente los años 80 y 90. La PESC, la evolución de la Política Exterior y de Seguridad Común, es un poco reflejo de esta evolución interna en Europa. Recordando un poco cual fue esa evolución, podríamos establecer un calendario fácilmente reconocible.

En los años prácticamente iniciales de la aventura europea, de la Comunidad Económica Europea, Europa no tiene política exterior propiamente dicha. Lo que tiene es política comercial, una política comercial que la lleva a suscribir acuerdos de asociación o de cooperación con los países mediterráneos, que crea Lomé. Un sentimiento ya de solidaridad,

pero al mismo tiempo, una solidaridad vinculada a lo que es el mantenimiento de las corrientes tradicionales y de productos tradicionales de las metrópolis con las antiguas colonias. Pero no tiene ni voluntad ni instrumentos de llevar a cabo una política exterior.

Esa primera fase de la construcción europea, donde el paraguas americano le respondía suficientemente a lo que eran los intereses inmediatos y básicos de los europeos, va evolucionando. Y lógicamente los europeos, modestamente, progresivamente, contemplan la necesidad de coordinar sus políticas exteriores. El segundo paso de una política comercial, de una política de desarrollo, es para tratar de incorporar lo que se puede denominar la política de concertación europea.

El Acta de Luxemburgo crea lo que es la Cooperación Política Europea (CPE). Esa Cooperación Política Europea lo que trata de llevar a cabo es, precisamente, una simple concertación de los Estados Miembros para que su voz, en materia de política exterior, sea una voz más bien sinfónica, no sea una voz cacofónica y que al menos las posiciones, en aquel entonces 10, no sean totalmente contradictorias. El gran éxito de esa Política de Cooperación Europea es precisamente sobre Oriente Medio, la Declaración de Venecia, donde ya se anuncia, ya se manifiesta, lo que hoy día es una realidad: no habrá paz en Oriente Medio si no se incorpora a la negociación a la Autoridad Palestina, en aquel entonces la OLP. Esa primera fase de construcción de política europea se va configurando mediante la concertación y mediante simplemente, lo que yo denominaría la "política declarativa". Los europeos sólo saben hacer declaraciones. Los europeos se reúnen en Consejo de Ministros y declaran, declaran principios, cosas muy importantes, pero no llevan a cabo acciones.

Esto nos lleva prácticamente toda la década de los 70, y parte de los 80. Europa, con los nuevos miembros, va incorporando nuevas áreas y regiones en esa concertación en materia de política exterior. Maastricht es el paso cualitativo siguiente. En Maastricht ya se crea el concepto de Política Exterior y de Seguridad Común; en Maastricht se pasa de la declaración a la acción común. La acción común es la que dio vida a los enviados especiales, entre ellos el actual representante de la Unión ante el proceso de Paz, y la que ya incorpora no simplemente una política declarativa sino también una política activa. La PESC forma parte del segundo pilar de la Unión Europea junto al primer pilar, los asuntos económicos, y junto al tercer pilar, los asuntos judiciales y jurídicos. Progresivamente la conciencia europea exige a los Ministros, a los Gobiernos, el ir dando contenido y forma a esas acciones comunes. Oriente Medio será siempre, en ese sentido, un buen laboratorio para la configuración de la Política Exterior y de Seguridad Común.

Llegamos al siguiente paso cualitativo para señalar que Europa no se detiene. Europa puede tardar muchos años, puede pelear en las negociaciones por algunas compensaciones económicas y financieras, pero la tendencia europea, la construcción, la Unión Europea, es una tendencia hacia la unidad y a la mayor concertación de los europeos. El Tratado de Ámsterdam, con todos los defectos que se le pueden otorgar, incorpora un nuevo paso a la configuración de esta Política Exterior y de Seguridad Común. En Ámsterdam ya se contempla la creación de un Alto Representante, un señor "Mr. PESC". Sería el gran Ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Europea, que estará ayudado por sus enviados especiales en áreas específicas y que ya incorpora a la PESC, verdaderamente, como un elemento fundamental y prioritario dentro de los objetivos de la construcción europea.

Estamos precisamente en ese momento de construcción y de un paso cualitativo superior. La Presidencia Alemana ha anunciado ya que trataría de ayudar y de incorporar al nuevo "Mr.

PESC” las funciones que desempeña en la actualidad el Presidente o el Secretario General de la Unión Europea Occidental (UEO), para incorporar las Políticas de Defensa a las Políticas de Exteriores. No es algo ya alcanzado, pero sí puedo señalar que mi experiencia personal como Enviado Especial de la Unión Europea demuestra día a día que la PESC no es una utopía, es una realidad. Cada vez que el Enviado Especial se desplaza a ver a Arafat, a entrevistarse con él, o se desplaza a ver el Presidente de Siria, o mantiene reuniones con los norteamericanos, la PESC se manifiesta de manera concreta y específica.

Lógicamente esta audiencia, como es la audiencia habitual en todos los foros europeos, inmediatamente me recriminarán, y me imagino que en el debate surgirán las preguntas, de que este eurooptimismo de su Enviado Especial no se compagine, no sea compatible, con la realidad difícil y dura de los conflictos que se han ido manifestando en los últimos años, y de la manera en que Europa ha ido respondiendo a los distintos conflictos. Quizás porque, desgraciadamente, todavía en Europa tengamos esa visión o esos esquemas de la aproximación a los conflictos muy a lo anglosajón, sin desmerecer a los anglosajones porque son parte de Europa, pero sí de ese enfoque, esa aproximación norteamericana del conflicto militar, del conflicto diplomático a corto plazo.

Los europeos creo que tenemos muchos defectos, pero tenemos también bastantes virtudes, que es que nos gusta ver más las causas, los orígenes de las cosas, más que los resultados. Y el conflicto es el resultado de una serie de factores de confrontación o de enfrentamiento que determinan, lógicamente, tragedias y desgracias. En ese sentido creo que Europa, lo que ha ido enfocando en su política exterior ha sido un enfoque mucho más avanzado en el tiempo. Ha ido precisamente en su obsesión de crear espacios de estabilidad, espacios de solidaridad, que no existen y no forman parte de los esquemas y de los proyectos de otros actores internacionales. Europa, desde su inicio, buscó crear esos espacios de seguridad y de estabilidad y de desarrollo económico; y de ahí que los instrumentos militares, los instrumentos políticos tradicionales de la antigua diplomacia no se incorporasen directamente y de manera inmediata a la acción exterior de la Unión Europea.

Dicho esto, es lógico que se contrarresten mis argumentos señalando ¿qué ha hecho Europa en Yugoslavia? Es la pregunta inmediata. En Yugoslavia todos hemos aprendido: han aprendido, lógicamente, los propios ciudadanos de manera trágica y sangrienta lo que ha sido ese error y ese horror de guerra; pero también los europeos, donde Europa se encontró en un momento de cambio, de formación de lo que tenía que ser su política exterior. Yo creo que de esa experiencia yugoslava todos hemos aprendido, desde luego los Gobiernos europeos, y de ahí que hoy día, con todas las dificultades que lleva la negociación en materia de solución del problema de Kosovo, haya un verdadero compromiso de evitar, precisamente, entrar en una dinámica similar a la que se creó en Bosnia-Herzegovina. Y lo mismo puedo señalar en el caso concreto de Oriente Medio. Y ahí, desde luego, voy a tratar de utilizar mis años de experiencia de misión en Oriente Medio para tratar de demostrar que la Unión Europea es algo más que una simple *entelequia* política o económica, sino que está tratando de llevar estabilidad, desarrollo y solidaridad a esa región del mundo.

Europa en Oriente Medio también ha sido criticada por estar ausente. Se nos dice que Europa es un gigante económico, pero es un enano político. Son los tradicionales *slogans* a los que nos tienen acostumbrados hoy día los medios informativos y medios políticos y militares, que continúan bombardeándonos con los simples conceptos del pasado. Lógicamente hay algo de realidad. Lógicamente Europa no tiene el mismo peso militar y político que tienen los Estados Unidos, pero he dicho en muchas ocasiones que quizás Estados Unidos tiene la potencia, pero

nosotros tenemos la influencia; y hoy día en un mundo cambiante, en un mundo en revolución, en un mundo que tiene que enfrentarse a desafíos muy diferentes a los que nos tenía acostumbrados el esquema bipolar, la capacidad de respuesta del modelo europeo está mucho más adecuado que los otros modelos. Lo que falta es creer en Europa, tener la convicción de que Europa es capaz de poner en marcha una serie de instrumentos suficientes para aportar una mejor vida a los ciudadanos de distintas regiones, y en particular en el caso que menciono, a Oriente Medio.

En Oriente Medio, ahí me permitirán desarrollar un poco más lo que ha sido la participación-intervención de la Unión Europea en relación con el conflicto árabe-israelí, o israelo-palestino. No voy a hacer toda la historia del conflicto, las responsabilidades históricas europeas, de las potencias europeas, no de la Unión Europea. Pero me voy a limitar a pasar de forma muy rápida desde lo que ha sido la participación-intervención europea desde la Conferencia de Paz de Madrid.

Europa, cuando acude a la mesa de negociaciones, o a la Conferencia de Madrid, acude a una *pax americana*. Un modelo americano que se había logrado establecer de forma, creo, muy brillante para aquel entonces, que era hacer la simbiosis entre dos concepciones diferentes de cómo tratar de resolver el conflicto de Oriente Medio. Existía la vieja tesis y filosofía de la comunidad internacional, incluida la Unión Europea, de acudir a una Conferencia Internacional donde se pudiese garantizar la aplicación justa y eficaz de las distintas Resoluciones de Naciones Unidas. Y existía la visión israelí y norteamericana de la negociación bilateral. Lo que logra la diplomacia norteamericana al sentar en la mesa, en el Palacio de Oriente, a las distintas delegaciones es hacer una simbiosis: mitad Conferencia Internacional, mitad conversaciones bilaterales.

Europa reacciona como siempre ha reaccionado, con solidaridad, con visión de futuro, y lógicamente, con el sentimiento de posibilismo. Europa apoya y complementa lo que la *pax americana*, establecida en el año 91, trata de inyectar en el conflicto histórico de Oriente Medio. Pero no se detiene ahí, y lógicamente, si observamos lo que ha sido la evolución de la participación europea desde el año 91 hasta el actual, ha habido una progresiva participación europea en la mediación, en la negociación, en los buenos oficios europeos para aportar más paz y seguridad a Oriente Medio.

Daré otro *flash* histórico desde la Conferencia de Madrid, en el año 91, hasta los Acuerdos de Oslo del 93 al 95. Europa no solamente actúa apoyando políticamente los acuerdos y recordando los principios fundamentales para una paz justa y duradera en Oriente Medio, sino que aporta lo que es tradicionalmente la aportación natural de Europa, su contribución económica y financiera. Europa, en el año 93, compromete ante la Conferencia de Donantes dotar a la Autoridad Palestina y al pueblo palestino con 2.000 millones de ecus, la contribución más alta que constituye el 60% de la contribución total de la comunidad internacional al pueblo palestino. Y no solamente facilita que la población palestina sobreviva y pueda sobrevivir a las diferentes situaciones de crisis recurrentes en Oriente Medio, sino que le da a las instituciones palestinas el primer elemento de apoyo para ir construyendo lo que en el futuro, todos esperamos, sea una identidad Palestina -que ellos mismos decidan el carácter y la terminología- para que puedan convivir en paz y en seguridad con sus vecinos israelíes.

Europa contribuye a la Autoridad Palestina económicamente, pero contribuye sobre todo políticamente. Gracias a Europa se organizan las primeras elecciones democráticas en territorios palestinos. Se organizan, las organiza Europa, las financia Europa, forma los equipos

electorales Europa y legitima Europa tras las elecciones. Hoy no podría sentarse el Presidente Arafat en la mesa de negociaciones si no fuese el Presidente de la Autoridad Nacional Palestina. Esa legalidad política, esa legitimidad política, se la otorgó Europa. Por lo tanto, para todos aquellos que señalan que Europa no ha tenido un papel político, no ha desempeñado un papel activo, yo les suelo recordar estas pequeñas acciones. Pequeñas quizás por la falta de repercusión mediática, pero enormemente trascendentales para crear una dinámica de paz en la negociación con los israelíes y los norteamericanos.

Junto a esta acción económico-financiera, Europa, a lo largo de los años 93-95, ha ido desempeñando una labor de normalización de Israel con los vecinos árabes, y no solo eso, sino que también contribuye a crear una dinámica de negociación en lo que denominamos la Banda Multilateral del proceso de paz de Madrid. Europa, consciente de las dificultades y de los riesgos que supone la seguridad de Israel, inicia todo un debate nuevo sobre el nuevo concepto de seguridad que debe aportarse para Oriente Medio. Un concepto de seguridad que debe trascender lo que es el concepto tradicional, estrictamente militar, de defensa de las fronteras y que va más allá. Es la seguridad en materia individual, para evitar actos terroristas y, por lo tanto, evitar esa psicosis colectiva que atenazó a la sociedad israelí en el momento de la votación de las últimas elecciones. Pero también la seguridad en materia de agua, la seguridad en materia espiritual,... un nuevo concepto de seguridad mucho más acorde con los desafíos del final del siglo XX.

En cualquier caso, la actuación y la intervención europea en los últimos años se ha ido centrando en la defensa de tres principios y dos conceptos muy claros. Los principios son: el respeto de la legalidad internacional y la aplicación de las resoluciones de Naciones Unidas. Muchos de ustedes podrán señalar su escepticismo. Europa sólo recuerda la legalidad internacional, porque quizás hoy día nos acostumbramos a que la legalidad internacional sea abofeteada diariamente. Pero si no hubiera legalidad internacional difícilmente podríamos seguir exigiendo la aplicación de los principios de paz por territorios, seguiríamos exigiendo la aplicación de que ha habido una ocupación de los territorios palestinos y, desgraciadamente para muchos, pero en beneficio del pueblo palestino y de la comunidad internacional, Europa reitera su respeto a los principios de la legalidad internacional.

El segundo principio que ilumina y preside la actuación europea es buscar siempre esa solidaridad antes mencionada, de contribuir de manera equitativa y objetiva a la paz. El principio es que cualquier decisión que adoptemos está enfocada a ayudar a las partes a tomar decisiones difíciles para que concluyan sus negociaciones de forma satisfactoria.

El tercer elemento y principio que inspira la posición europea, algo que parecería obvio pero que no lo ha sido hasta hace poco tiempo, es crear esa unidad. Crear una posición común de los quince, que no haya rotura del consenso y que permita precisamente a los quince hablar con una sola voz y exigir y reforzar su credibilidad.

Los dos conceptos son que la Unión Europea trata de desempeñar una diplomacia activa y una diplomacia preventiva. Empezaré por la preventiva. Europa, ante lo que es el gran designio del futuro en Oriente Medio, contemplando lo que son los dos principios de incertidumbre y complejidad de la realidad euromediterránea, lanzó aquí en Barcelona ese proyecto diplomático revolucionario, como ha sido denominado en varias ocasiones, del Proceso Euromediterráneo. Es un proceso revolucionario en el sentido que trata de incorporar, con una visión diferente a lo que eran los esquemas tradicionales de la diplomacia, los elementos de seguridad, los elementos políticos, los elementos económicos y financieros y los elementos culturales.

Ustedes podrán ir a los anales diplomáticos y a los distintos foros internacionales y verán que prácticamente ninguna iniciativa diplomática incorpora el elemento cultural. La única que lo incorpora es el proceso de Barcelona. Porque somos lo suficientemente conscientes de que si no hay un diálogo de culturas; si no hay un espacio común cultural en el Mediterráneo; por muchos papeles que firmen los políticos; por mucha paz que sellen los valientes en Washington; si la paz de los ciudadanos no sigue a la paz de los políticos, difícilmente podremos cambiar las mentalidades y las estructuras que han forzado a ciudadanos del mundo árabe y de Israel a enfrentarse durante décadas en torno a principios y posiciones que hoy día, al final del siglo XX, nos parecen totalmente anacrónicas.

En cualquier caso, en esta diplomacia preventiva, Europa lo que trata de llevar a cabo, muchas veces, no son negociaciones directamente sobre un texto específico, sino prever lo que pueden ser los desafíos o los factores de inestabilidad. En este sentido, una acción muy concreta y específica que estamos llevando en estos momentos, con enorme trabajo y esfuerzo, es precisamente la contribución que Europa puede dar para gestionar y superar esa fecha del 4 de mayo de 1.999. Fecha en la que la Autoridad Palestina podría anunciar la declaración del Estado Palestino; y para evitar que esta fecha pueda desencadenar una crisis no buscada la Unión Europea está -en esta diplomacia preventiva-, hablando, negociando, discutiendo con las partes para buscar un paquete diplomático, político, para que beneficie al proceso de paz; beneficie a las partes y lógicamente también, responda a las aspiraciones del pueblo palestino sin poner en entre dicho los derechos y las inquietudes de Israel.

Ésta es la diplomacia preventiva. En la diplomacia activa, la Unión Europea, en los últimos años, ha estado desempeñando múltiples acciones. Acciones muchas de ellas de buenos oficios como fue, en los momentos de alta crisis entre israelíes y palestinos, forzar y alcanzar una renovación del diálogo y de la confianza entre las partes. Así fue la Conferencia de Malta, que permitió el encuentro entre el Presidente Arafat y el Ministro de Asuntos Exteriores Levy, en el mes de abril del año 1997; como fue posteriormente en julio, un nuevo encuentro entre el Presidente Arafat y el Ministro Levy; y posteriormente, toda la creación de confianza y diálogo cuando las partes no hablaban y solamente esperaban cualquier incidente para desencadenar una crisis superior.

La UE desempeñó también parte de mediación entre israelíes, sirios y libaneses para evitar una confrontación cuando los tambores de guerra sonaban en ambas capitales, y evitamos una escalada de violencia y de enfrentamiento entre israelíes, sirios y libaneses. La Unión Europea también desempeñó parte de negociación política y económica ayudando a los norteamericanos a cerrar el acuerdo de Wye River. Pasamos con mi equipo más de diez días entrevistándonos con israelíes, palestinos y norteamericanos para poder conseguir un acuerdo que pudiese dar un paso cualitativo en la negociación política entre israelíes y palestinos. La UE también ha mediado y ha negociado acuerdos económicos para mejorar el día a día de la población palestina y poder integrar de cara al futuro a israelíes, jordanos y palestinos en un espacio de desarrollo y de prosperidad que desgraciadamente hoy en día no está presente.

Por lo tanto, no quiero presentarles un panorama idílico de lo que puede hacer, o está haciendo la Unión Europea. Pero sí quiero trasladarles a todos ustedes la necesidad de que Europa puede, Europa *debe* llevar a cabo una política exterior y de seguridad mucho más activa de la que quizás muchos de ustedes todavía dudan. Falta la convicción, pero no solamente la convicción de los políticos y de los ministros, porque hoy día estamos muy acostumbrados, lógicamente, a elevar la responsabilidad a otros. Falta la convicción de los propios europeos. Yo lo vivo de forma diaria y de forma cotidiana cuando periodistas, medios de información,

cuando los propios medios académicos o, en definitiva, la propia ciudadanía europea me interpela y me señala las dificultades y las deficiencias de la política europea. Así lo he expresado en varias ocasiones en el Parlamento Europeo, o así lo he interpelado a los ministros y a los parlamentarios como lo hago a todos ustedes aquí: Somos nosotros los europeos los que tenemos de estar convencidos de nuestra capacidad y de la necesidad de llevar a cabo una Política Exterior y de Seguridad Común, no van a ser los norteamericanos o las partes regionales las que van a reclamar o insistir en un papel europeo, cosa que sí hacen, que lo hacen cada vez con mayor énfasis y mayor voluntad. Si Europa es ansiada, es envidiada, es respetada en Oriente Medio, a veces somos nosotros los propios europeos los que no somos capaces de transmitir y responder a esas expectativas que todos esos países y esos interlocutores esperan de Europa. Pero para ello hace falta movilizar a la conciencia pública europea, de que somos capaces de llevar a cabo una Política Exterior y de Seguridad Común acorde con los desafíos y con las necesidades de solidaridad externas e internas de finales del siglo XX.

No es difícil, simplemente falta lo que quizás los padres fundadores señalaban: falta el sentimiento y la necesidad. Yo creo que visión tenemos, pasión tenemos, sobre todo los europeos del sur, falta quizás el sentimiento y la necesidad.

El año 99 se inició con toda esa aparatosidad del nuevo euro económico y financiero, que han dado una enorme satisfacción a los mercados bursátiles y quizás a distintos sectores del mundo de empresa y de los negocios. Pero esa Europa, que muchos de ellos han mencionado de "Europa de los mercaderes", quizás solamente sea el comienzo de la verdadera Europa: de una Europa que tenga una identidad cultural que respete las distintas diversidades, que tenga una cultura política, no una política cultural que uno se imponga a otro, sino una cultura política europea en que sepamos defender los valores y las creencias y los intereses europeos. En esos intereses europeos, como he señalado al principio de mi intervención, siempre ha estado una idea fuerza, esa idea fuerza es la solidaridad. La solidaridad, por lo tanto, no es solamente necesaria, es el componente fundamental para la identidad europea. Por lo tanto concluiría mi intervención señalando: Europa existe y Europa es solidaria. Muchas gracias.